

editorial

La Hora de América Latina

Es casi ya un lugar común el constatar que uno de los hechos más relevantes de la segunda postguerra, es el despertar de los pueblos subdesarrollados y su violenta irrupción al cuadro político mundial como elemento destacado y decisivo.

Los primeros años de este período se vieron marcados por los cambios políticos determinados por la pérdida de las colonias de muchas de las potencias europeas metropolitanas, ya vencidas, ya aparentemente vencedoras en la conflagración. El fenómeno alcanza especial intensidad en el Asia. Se independiza el milenarismo Imperio Hindú de su vasallaje hacia Inglaterra, se desmorona el viejo dominio holandés en las Indias Orientales y emerge la República Indonesia, se libera Birmania y se constituye como nación soberana, Corea sacude el yugo japonés, los indochinos se rebelan contra Francia e inician su larga guerra de liberación y China sacude sus lazos que la mantenían sujeta al imperialismo occidental, dando comienzo a su transcendental experiencia por los caminos del socialismo.

Se produce luego una segunda oleada liberadora los años siguientes, que tiene ahora por escenario el Medio Oriente y el Mundo Árabe. La figura decisiva en este proceso es el Premier egipcio Abdel Gamal el Nasser. Su país adopta en lo externo y en lo interno una política progresista, anti-imperialista y antifeudal, y su ejemplo irradia por todo el ámbito del Mundo Árabe. Se producen levantamientos sangrientos en Jordania, caen los viejos equipos pro ingleses en el Irak, se unifica Siria con el Egipto en la República Árabe Unida, se inicia la guerra de liberación del pueblo argelino, Túnez y Marruecos obtienen su independencia y se nacionaliza por los egipcios el Canal de Suez en abierta beligerancia con las potencias occidentales, a punto de casi producirse un tercer conflicto mundial.

Las Conferencias de Bandung y de El Cairo, que reunieron en sendas ocasiones a los pueblos coloniales y dependientes del mundo, representan los puntos culminantes de estas dos sucesivas oleadas del movimiento ascendente de la llamada "humanidad sumergida".

Durante los años sesenta que se abren ahora, hay razones para pensar que serán la América Latina y el Africa Negra los campos de batalla más importantes entre el colonialismo imperialista y los movimientos nacionales de liberación. En el caso del Africa Negra, la independencia de Ghana, la autonomía de la Guinea, ex-francesa, y del Camerún, así como los procesos hacia el auto-gobierno que culminaran luego en Nigeria y la So-

malía, unidos a la agudización de la guerra racial en la Unión Sudafricana, están prefigurando todo un vasto y complejo panorama de subversión de las masas negras africanas, secularmente explotadas, que halla sus prolegómenos en los sangrientos sucesos recientes del Congo Belga y del propio Camerún, que tanto han inquietado a los círculos imperialistas.

La visita del Premier británico Mac-Millan al Africa, con el objeto de pulsar y encauzar de manera conciliatoria las rebeldías africanas, de tan pobres y desalentadores resultados para su protagonista, es seguro síntoma de la preocupación que embarga al colonialismo europeo.

Ante la magnitud de la latente y explosiva rebelión africana, el imperialismo, consciente de su impotencia para detenerla y derrotarla, ensaya un nuevo procedimiento para torcer su sentido y aprovecharla en beneficio propio. Se trata del intento de convertir a los actuales y futuros Estados africanos independientes en una vasta comunidad de países productores de materias primas, ligada umbilicalmente a las potencias ex-dominadoras por vínculos financieros y económicos y un sistema de pactos políticos con el fin de crear un gran núcleo económico-político euroafricano, definido por las relaciones coloniales entre una Europa fabril y exportadora de mercaderías y capitales y un Africa atrasada, agrícola y pastoril destinada a servir de reserva de materias primas y de energías naturales y humanas para las metrópolis. A la dura, brutal y directa dependencia política colonial, debe suceder un status de sutiles compromisos políticos y de efectivos y concretos lazos económicos. El anzuelo que se esgrime para sacar adelante esta política, es la promesa de una independencia formal y el ofrecimiento de "generosa" ayuda financiera para explotar los inmensos recursos naturales africanos.

No parece, sin embargo, que tales señuelos hayan logrado el éxito esperado por los colonialistas. Desde luego se advierte una franca aspiración hacia la unidad pan-africana, que contraría aquellos planes, sustentados todos en el supuesto de la "balkanización" del Africa y en el viejo adagio de "dividir para reinar". Por otra parte, los pueblos africanos y sus líderes principales se ligan cada vez más con el resto de los pueblos dependientes, actitud ésta, reveladora de que están tomando conciencia de que su destino no marcha por la línea sinuosa de la componenda con el colonialismo, sino por el derrotero firme de la solidaridad combativa con los movimientos nacionales de liberación de los otros continentes, con los Estados socialistas y con el proletariado revolucionario de los países adelantados.

El otro sector del planeta que se apronta para hacer eclosión en la historia contemporánea, incorporándose al proceso liberador de los pueblos dependientes, es nuestra América Latina.

Aquí la situación es distinta de la que se presenta en las áreas atrasadas del Viejo Mundo.

Nuestros países conquistaron su formal independencia a comienzos del siglo diecinueve. Luego experimentaron durante aquella centuria y en lo corrido de la presente la penetración imperialista —inglesa primero, y yanqui después,— no exenta, sobre todo la segunda, de un paralelo tutelaje político.

Pero la circunstancia de nuestra formal independencia, la comunidad cultural con el Viejo Mundo y otras razones que no es del caso apuntar aquí, condujeron ya desde mucho tiempo a delinear movimientos liberadores que querían afianzar nuestra soberanía y conquistar nuestra independencia económica.

En sucesivas ondas ocurridas desde principios de siglo —aparecen

con la Revolución Mexicana—, los pueblos latinoamericanos procuran afirmar su personalidad y sacudir el yugo imperialista junto con remozar sus añejas estructuras económicas y sociales. A fines de la primera guerra mundial se organizan partidos obreros socialistas. Durante la gran crisis emergen por todas partes fuertes partidos populares y revolucionarios. Y desde entonces para adelante, en un proceso oscilatorio de carácter pendular, se suceden en nuestra América gobiernos reaccionarios y progresistas, apuntalados los primeros por el gran capital foráneo, el monopolio criollo y la supervivencia feudal, y los segundos, por la clase media radicalizada, el naciente proletariado urbano y algunos pequeños sectores campesinos.

Pero la parcelación política de América Latina, la falta de una firme coordinación orgánica de los movimientos populares de todos nuestros países, la carencia de un respaldo y solidaridad internacional y la heterogénea composición de clases de las fuerzas renovadoras, —que a menudo eran comandadas por sectores capituladores, entreguistas y oportunistas— todo esto ha conspirado hasta hace poco para impedir una real y efectiva continentalización del proceso revolucionario y la emergencia de un movimiento general liberador de alcance y repercusión internacional.

Los desgraciados episodios que culminaron con la intervención americana en Guatemala, el aislamiento y la detención de aquel profundo proceso de remezón social que es la Revolución Boliviana, el agotamiento de las posibilidades progresivas de gobiernos centristas como los chilenos que se han sucedido desde hace treinta años y la frustración de gobiernos nacionalistas bonapartistas, como el peronista en Argentina, ilustran adecuadamente los avances y retrocesos que ha experimentado el movimiento de liberación nacional en América Latina.

Pero todos estos acontecimientos han arrojado profundas lecciones que nuestros pueblos están aprovechando. El centro de gravedad de los movimientos populares se desplaza rápidamente hacia la izquierda en los países más avanzados. Queda de manifiesto la actitud entreguista e inconsecuente de la llamada burguesía progresista, como lo demuestra hasta la saciedad la conducta de un Figueres en el Caribe y de un Frondizzi en el Sur. La conciencia antiimperialista se afina y desarrolla. Muchos que antes levantaban banderas de reivindicación social y nacional se demuestran vacilantes y comprometidos con el orden existente.

Y ocurre la Revolución Cubana. Su impacto en la conciencia de las masas oprimidas es vasto y profundo. El imperialismo advierte que ya no puede como antes impunemente someterla por la fuerza o por el halago. Cuba no está sola. Las experiencias de Guatemala y de Bolivia han surtido su efecto. El gobierno cubano procura ligar su destino no sólo al de los demás pueblos de la América Morena, sino con el de todos los pueblos dependientes del mundo. De ahí las jiras de sus dirigentes al Asia y al África. De ahí su iniciativa de promover en La Habana un nuevo Congreso mundial de pueblos sub-desarrollados. El gobierno cubano tampoco se deja arrastrar por la línea entreguista de muchas empresas políticas que comienzan como revolucionarias, pero luego se arredran ante el Gran Vecino y procuran prosperar con su "ayuda" dejando jirones de principios y programas en semejantes componendas. Para ello anuncia su decisión de manejar por su cuenta su política internacional y así actúa en la OEA y en la NU. Rompe el cerco comercial y político con el mundo socialista y celebra importantes acuerdos económicos con países de aquél sector.

Cuba ya no está sola. Ha logrado tejer una trama de relaciones con los pueblos hermanos de América Latina y con todas las fuerzas progresistas del mundo, lo que significa que por vez primera, y en las mismas na-

rices del coloso norteamericano, se ha establecido una cabeza de puente de la futura América Latina en la que soñamos y por la que luchamos.

Las jiras de Nixon, primero, y de Eisenhower y del mismo Stevenson, recientemente, demuestran hasta qué punto el imperialismo yanqui se ha percatado que se encuentra en sus inicios la batalla de la América Latina.

Los años sesenta que ahora comenzamos a recorrer, serán los años de la afirmación nacional revolucionaria de América Latina. Una profunda agitación social y antiimperialista se extiende por el continente. Desde México, que ya ve romperse la alianza provisoria de clases que conformó su histórica Revolución, hasta la Argentina convulsionada hasta sus cimientos por un combativo movimiento obrero; desde Venezuela, que se adentra por la senda de las transformaciones sociales, hasta Bolivia, que pese a los quebrantos de su proceso revolucionario mantiene enhiestas las irreversibles conquistas de la reforma agraria y la nacionalización de las minas; desde Panamá, donde se robustece día a día la resistencia antiimperialista, hasta nuestro Chile, donde la unidad popular y obrera ha gestado el más consciente y orgánico de los frentes políticos del continente, en fin, por todas partes, abierta u oculta, desencadenada o latente, encontramos en pleno desarrollo, fermentación y maduración a las fuerzas sociales subversivas, cada vez más conscientes y maduras, organizadas y resueltas.

Ha llegado la hora de América Latina. El decenio que se inaugura en 1960 marcará la plena incorporación de nuestra gran patria indoamericana a la Historia, a través de sus luchas por afirmar y consolidar su existencia nacional independiente, por liberarse del imperialismo y del atraso y por construir una sociedad sin clases.

C. A. M.